Paso muchas horas sin dormir tratando de hacer mi trabajo lo mejor posible. No me importan el calor ni los cortes de luz ni el ventilador que anda a las patadas —ni la estufa, en invierno—, porque sé que allá afuera convivimos con la bestia. Y, aunque me supere el cansancio, yo no puedo mirar para otro lado.

Cuando aparezca la bestia, puede ser el comienzo o el final de la historia. Lo único que puedo hacer es estar prevenido.

Crio. Benito Machuca

LA BESTIA DE LA MATANZA

1

Caminá, caminá, se decía Layla para darse ánimo. Se le secaba la garganta y los labios se le pegaban en los dientes, sentía sabor a tierra y sangre. No tenía fuerzas ni para levantar una mano y correrse el pelo de la cara y, aunque era una noche cálida, temblaba entera. Le dolía todo el cuerpo y las piedras se le incrustaban en las plantas de los pies, pero no se iba a detener.

Ya falta poco, se decía a cada paso, un poco más y llego.

A lo lejos, las luces del hospital San Damián le levantaron el ánimo. Se miró: desnuda y en muy malas condiciones, pero no le importó. Sólo quería un poco de agua.

El doctor Sergio Mancilla aprovechó que por fin la guardia estaba más calmada, y salió al playón del hospital para relajarse un poco. Casi amanecía. Mirar las últimas estrellas le daba tanta paz, que se olvidaba del cansancio.

Vio a Matías Rodríguez que fumaba recostado en una columna. Los enfermeros también se cansan, pensó.

—¿Otra vez fumando? —le dijo retorciéndole la oreja—. ¿Cuándo vas a dejar esa porquería?

—Cuando me dejes de joder.

—Che, Mati —le preguntó—, decime la hora.

—Hora de ir a acobacharme al tercero —dijo Matías en medio de un bostezo mientras se desperezaba—. Me muero de sueño.

—Ves que sos vos el que busca el quilombo, ¿no?

—No va a pasar nada —dijo Matías sonriente—. Si Acosta pregunta por mí, me chiflás, ¿dale?

—¿Hace falta volver a discutir con Acosta? Nunca conviene meterse con el Jefe de Guardia.

Acosta, entre tantas otras cosas, había prohibido usar el cuarto vacío del tercer piso para dormir. A Matías eso no le importaba: la comodidad de ese cuarto merecía todo riesgo.

A Sergio también le hubiera gustado ir, pero cuanto menos discutiera con el Jefe de Guardia, mejor. Ya bastantes cruces habían tenido durante el tiempo que Sergio había sido residente en psiquiatría.

—¡Aflojá con el pucho, loco! —le dijo a Matías tratando de quitarle el cigarrillo de la mano—. Vas a terminar escupiendo los pulmones.

—¡Aguantá! —Matías rio y esquivó el manotazo.

—Ah, no estás tan dormid…

Una muchacha parada en la puerta de entrada le cortó el aliento: desnuda, ensangrentada, el pelo hecho una maraña y la mirada perdida.

—Tengo sed —alcanzó a decir la chica antes de desplomarse.

—Vení, boludo —le dijo Sergio al enfermero agarrándolo del brazo—, dame una mano y traé una camilla.

— ¡Uy, la puta madre...! —dijo Matías mientras corría por el pasillo—. Otra más.

—¡Graciela —gritó Sergio a una enfermera que pasaba con un paquete de vendas—, preparame un box!

La chica se sacudía con espasmos y balbuceaba unas palabras que Sergio no alcanzaba a entender.

—Tranquila, gordita, tranquila —le dijo para confortarla—. Vas a estar bien.

Entre Sergio y Matías la pusieron en una camilla, la cubrieron con una manta y la llevaron a un box de atención inmediata. La chica tenía los ojos desorbitados, las pupilas dilatadas y los labios morados.

—Mati, traé el oxígeno, y decile a Graciela que venga.

Vamos, flaquita, no me aflojes, pensaba Sergio. La hicieron pelota.

—¿Cómo te llamás? —le dijo con tranquilidad, mientras le tomaba el pulso—. ¿Te acordás qué te pasó? —Ella no respondía—. ¿Me oís, gordita?

Matías volvió con el tubo de oxígeno y se puso a trabajar a la par de Sergio.

—¿Y Graciela dónde está? —le preguntó a Matías.

—¡Qué sé yo! Anda boludeando por el hospital. Sabés cómo es.

Entre Sergio y Matías estabilizaron a la chica. Sólo faltaba hacerle unas curaciones y averiguar qué le había pasado.

Sergio dejó que Matías fuera limpiando y curando las heridas, mientras él se encargaba del papeleo.

Preguntó a la encargada de recepción si se había enterado de algún accidente o de algún hecho policial. No: nada fuera de lo normal.

Bajó al bufet para servirse un café de la máquina, no podía sacarse de la cabeza la imagen de esa muchacha. Se sentó donde siempre: un rincón reservado al descanso de los médicos, donde había silloncitos acolchados y una mesita ratona. Apoyó la cabeza en el espaldar, y se quedó dormido.

—Che, Doc —le dijo Matías sacudiéndolo—, ¿dormís?

—Ya no, boludo, me despertaste. ¿Qué querés?

—¿Viste la piba que llegó hecha pelota?

Sergio asintió mientras bostezaba, y vio que Matías lo miraba muy serio.

—La limpiamos con Graciela, ¿viste? Hay algo que me llamó la atención.

—¿Mucho tiempo más te vas a hacer el misterioso, Matías?

—Tenía heridas superficiales. Así que no entendemos de dónde sacó tanta sangre. ¿Qué decís?

—Ahí voy… —contestó Sergio ya despabilado—. Igual, habrá que esperar a que ella nos cuente.

Sentado al lado de la cama de la joven, Sergio completaba la historia clínica, mientras esperaba al Equipo de Salud Mental.

Pobre piba, pensaba, la familia debe estar buscándola.

Ya no parecía la misma. La limpieza y el descanso habían dejado al descubierto su delgada cara con ángulos suaves y piel aceitunada. Apenas tendría un poco más de veinte. Dormía tranquila como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo sigue? —preguntó el Jefe de Guardia desde la puerta del box.

La voz estrepitosa de Acosta hizo que Sergio saltara en el asiento:

—Ah, doctor. Está estabilizada. Por momentos se despierta y se vuelve a dormir.

El Jefe de Guardia se acercó a la joven y le levantó un párpado para enfocarle una luz en la pupila. La muchacha abrió los ojos y lo miró sin pronunciar una palabra. A Sergio lo hizo acordar a la chica afgana de la portada de National Geographic.

—Hola, gordita —le dijo el doctor Acosta casi a los gritos—. ¿Cómo estás?

La chica no respondió. El Jefe de Guardia continuó revisándola, aunque era evidente que esos ojos ámbar lo ponían nervioso.

—¿Cómo te llamás?

—Layla —dijo ella cortante, casi sin mover los labios.

—Lindo nombre. —Acosta le tomó el pulso—. ¿Qué te pasó, Layla?

Ella quitó bruscamente el brazo de las manos del médico, cerró los ojos y giró de costado dándoles la espalda. Al Jefe de Guardia se le desfiguró la sonrisa y, sin disimular su fastidio, llevó a Sergio afuera de la habitación.

—¿Qué sabés? —le preguntó.

—Nada. Llegó en estado de shock con algunas contusiones y las uñas rotas como si se hubiera defendido. Pudo haber sido un ataque sexual.

—Pero no lo sabemos —dijo Acosta.

Sergio negó con la cabeza.

—Iba a revisarla antes de que despierte, pero…

—¡Vos estás loco, Mancilla! —reaccionó el Jefe de Guardia—. No sos nuevo en esto, y sabés muy bien que no podemos hacer nada sin un consentimiento escrito. —La respiración de Acosta era tan sonora como la de un toro furioso—. Mirá —continuó molesto—: acá no podemos tenerla más tiempo. La piba no quiere colaborar, andá a saber por qué. Ya está estabilizada, nuestra tarea terminó. ¡Necesitamos el lugar, Mancilla! Para dormir que se vaya a su casa.

Sergio prefirió no contestarle. No valía la pena volver a discutir por este tipo de cuestiones: mientras Acosta sólo veía lo legal y conveniente, Sergio veía a la persona más allá del número de historia clínica.

—Dale —dijo Acosta, y respiró hondo—, no seas tan idealista. Si no habla, no pierdas tiempo, y dejalo en manos de Salud Mental por consultorios externos.

Matías, que miraba todo, como siempre, se acercó a Sergio.

—No le des bola —le dijo—. Le gusta hacerle la vida imposible a los más nuevos.

Cuando Sergio había decidido ser médico, lo hizo pensando en lo que había visto en su padre, un viejo médico rural. Para él las enfermedades se veían mejor “con más charla y menos pinchazos”. Sin embargo, cuando Sergio llegó a Buenos Aires, se dio cuenta de que las costumbres de los porteños eran diferentes.

—Vamos —le dijo a Matías con voz cansada—, vamos a tomar unos mates.

—¿Y, Layla? —le dijo Sergio mientras le tomaba la fiebre— ¿Me vas a contar o no qué te pasó?

—Ya te dije que no me acuerdo —le dijo ella molesta—. ¿Por qué no me creés? —Y continuó con un suspiro—. Te lo repito: salí a dar una vuelta y me encontré corriendo, muerta de sed. Nada más.

—¿Tomaste alguna medicación o alguna sustancia estimulante? —Sergio iba tomando nota.

—No. Tampoco uso drogas.

—¿Recordás algún incidente con alguien? ¿Una pelea, forcejeo, algo que te llevara a quitarte la ropa?

La joven negó y dejó la mirada perdida en un rincón. Tenía el cuerpo tenso, las manos aferradas a las sábanas de tal manera que se le ponían blancos los nudillos. Sergio sabía que algo no andaba bien. Pero si ella no aceptaba ayuda, él nada podría hacer.

—¿Qué te molesta, Layla?

—Que parece un interrogatorio de la policía.

—Mirá, yo te voy a explicar. —Sergio trataba de encontrar las palabras convenientes—. Llegaste en una situación delicada: desnuda, llena de tierra y sangre, y deshidratada. —Le hablaba como a una criatura, esperando ver un cambio, pero ella se mantenía en silencio.

Hablá, piba, pensaba Sergio, decime qué carajo te pasó.

Y continuó con paciencia:

—Vos me decís que no te acordás. Yo, como médico, ¿qué puedo hacer? Si vos no querés: nada. Ahora, si me autorizás, podemos ir descartando algunos cuadros y previniendo otros. ¿Me vas entendiendo? —La chica asintió—. Si fuiste abusada, necesitamos saberlo para evitar complicaciones: hacer unos exámenes, tomar algunas muestras, inyectarte un antibiótico. ¿Sí?

—¿Entonces? —dijo ella mordiendo una punta de la sábana—. ¿Adónde querés llegar?

—Tenés que firmar una autorización para que el equipo de ginecología te revise.

Layla lo miró con recelo y apretó los dientes. Estuvo en silencio un rato con la vista fija en el rincón, ignorándolo.

—¿A qué tenés miedo? —dijo Sergio cortante.

Layla levantó la mirada como una fiera a punto de cazar, y clavó sus ojos en los de Sergio.

—¿Quién te dijo que tengo miedo? —contestó desafiante—. Dame esos papeles y decime dónde tengo que firmar.

Horas más tarde, Sergio Mancilla estaba leyendo el informe que le habían pasado de ginecología. Aparentemente, Layla no había sufrido ninguna violación, pero nada explicaba por qué había llegado en ese estado.

—Bueno… —le dijo a Layla con el informe en la mano—. Por suerte no hay señal de abuso. Los resultados del laboratorio van a estar en un par de días.

—¿Me voy ya? —dijo suave.

Sergio hubiera querido decirle que no, inventar cualquier excusa para retenerla: quería saber qué le había pasado.

—Layla —comenzó diciendo—, de verdad me gustaría que te vea el equipo de Salud Mental, ellos te van a ayudar a recordar. ¿Vos qué decís? No queremos que esto te pase otra vez —La joven hizo un gesto de que estaba de acuerdo, pero no lo miró a los ojos—. Pedile a la enfermera que llame a algún pariente tuyo para que te traiga ropa y le decimos cómo seguir.

—¿Otra vez? —reaccionó ella—. Ya te dije que no tengo parientes.

—No me la compliques, Layla —le dijo Sergio con una sonrisa forzada—. No podés andar desnuda por los pasillos. Aunque sea ponete un ambo de alguna de las enfermeras. Y después de que te vea la psicóloga, te vas. —Sin esperar respuesta, se fue a continuar la recorrida.

Pasó el resto de la noche atendiendo un accidentado, un parto y otras emergencias. Casi no pudo dormir.

La mañana prometía un día caluroso, y su guardia estaba por terminar. Ya había actualizado las indicaciones a “los pibes”, como le gustaba llamar a sus pacientes, y sólo le quedaba pasar a ver a Layla antes de irse a casa.

—Doctor Mancilla —dijo una enfermera en cuanto lo vio acercarse a la habitación. La paciente que llegó anoche, Layla Lobo, se fue. Cuando vine a controlarla, ya no estaba.

—¿La buscaron bien?

—Sí, doctor —aseguró la enfermera—, la buscamos con la gente de seguridad y otros enfermeros. Recorrimos todo el hospital: desapareció.

2

La ducha caliente le recorría el cuerpo. Con la esponja enjabonada, Layla iba refregando cada parte de su piel: quería arrancar lo que quedaba de aquella noche. Imposible.

Se envolvió en la toalla, y el ardor del roce le recordó los rasguños en los brazos y en el cuello. Se paró frente al espejo. Se vio la mirada triste, cansada. Lentamente, se fue desenredando el pelo y lo peinó hasta dejarlo lacio.

Tendré que usar maquillaje otra vez, pensó. ¡Otra vez!

Explotó en un llanto amargo —ni lo había sentido venir—. Un llanto amargo y desesperado que la derrumbó. Y así, con la fragilidad de una criatura, se acurrucó bajo el lavabo y se quedó dormida.

Se despertó cuando la luz de día pegaba de lleno en la ventana del baño, supuso que sería el mediodía porque tenía hambre. Fue hasta la cocina y sacó de la alacena unas galletas que comió en su habitación mientras se terminaba de vestir.

Ya más repuesta, quiso saber cómo andaba el mundo, y encendió el televisor. En un parque cercano a su casa, había aparecido el cuerpo de una chica con muestras de haber sido atacada sexualmente. La noticia la angustió como si la hubiera sufrido ella misma.

La segunda en una semana, pensó. Esto tiene que parar.

El timbre.

Respiró hondo para tragarse las lágrimas que le quedaron en la garganta. Entreabrió un poco la ventana y miró: era Aurora, la dueña del departamento.

Otra vez esta vieja de mierda, pensó. Seguro que viene a cobrar el alquiler.

—¡Va! —le gritó. Y fue hasta el baño para maquillarse las marcas.

Aurora era una mujer tan desagradable y molesta que merecía ser evitada. Y encima ahora tocaba el timbre como si de eso dependiera su vida.

—¡Pará! —gritó Layla desde el baño—. Pará de tocar timbre.

Cuando abrió la puerta, vio que Aurora estaba más molesta que de costumbre.

—¡Hola, linda! —la oyó decir haciéndose la simpática—. ¿Estás muy ocupada?

—Sí. —Layla trabó la entrada con su cuerpo—. ¿Qué necesita?

—Dos cositas y me voy: ¿Tenés la plata del alquiler?

Es un reloj esta vieja, pensó Layla.

—Todavía no —le dijo—. En cuanto me llegue el giro que estoy esperando, me acerco hasta su casa y le pago.

—Bueno, bueno —la vieja mostró una sonrisa forzada—, no hay problema. Y la otra cosita: ¿vos tenés un perro en tu casa?

—No.

—Qué raro…, porque hace varias noches que escucho como un perro acá, en tu casa.

—Pero no tengo.

—Sí, entiendo —insistió Aurora—. No te enojes, vos sabés que no se puede tener mascotas, ¿viste? Son un problema.

Parecía que los ojos de Aurora se le iban a salir de las órbitas para mirar adentro de la casa de Layla.

—¿Quiere fijarse usted? —dijo Layla haciéndose a un lado.

La mirada de Layla fue tan intensa que Aurora quedó paralizada.

—Gracias, querida —dijo Aurora retrocediendo—. Está bien, está bien. No te molesto más. Debe ser otro inquilino, seguro. —Y se fue.

A pesar de todo, la visita de Aurora le cambió el humor a Layla: la cara de espanto de la mujer le causó tanta gracia, que por un momento se olvidó de lo que realmente la preocupaba. Se ató el pelo con una liga elástica, se puso lentes de sol bien oscuros y salió para el locutorio.

Se encerró en la cabina, y quedó un rato mirando el tubo: no se decidía a marcar ese número que conocía de memoria.

Él había dicho tenés que esperar a que yo te llame. Pero para ella era inevitable llamarlo.

—Hola, ¿papá?

—¡Diana! ¿Cómo estás? No esperaba tu llamado.

—Layla, papá. No Diana.

—Sí, claro. No me acostumbro.

—Papá, necesito…

—…sí, ya sé. Se me pasó, perdoname. Ya mismo te hago el depósito.

—También me gustaría hablar con vos, papá. ¿Cuándo podés?

—Yo también quiero que hablemos. Te mando un correo ¿sí?

—¿Y ahora no podés?

—Ahora estoy muy ocupado. Yo te aviso.

—Papá…

—…me están esperando, hija. Yo te llamo.

Layla colgó lentamente. Ni siquiera le había dado tiempo a despedirse.

No sé por qué no me asombro, pensó.

Volvió a su casa con una extraña sensación de culpa y vulnerabilidad. Quizás porque había sido ella quien decidió separarse de su padre. Pero él no había hecho nada para retenerla, al contrario, parecía que se sacaba un peso de encima.

Cuando puso la llave en la cerradura, Aurora salía de su casa con un balde y una escoba. Layla había visto que su vecina tenía una empleada doméstica, pero a la vieja le gustaba baldear la vereda ella misma para no perderse de nada.

—¿Y? —le gritó Layla—. ¿Encontró de quién es el perro?

—No, no —le dijo. Barría sin levantar la vista del suelo—. Pero ya lo voy a encontrar.

 La actitud de Aurora le causó tanta gracia, que le hizo olvidar la conversación con su padre.

Se acomodó frente al televisor buscando los canales de noticias, a la vez que googleaba en la notebook.

—Nada —dijo complacida—. Todavía nada.